

INTRODUCCIÓN

El término *misión* evoca, en general, los objetivos que se propone una persona o un grupo de ellas, quizá porque han recibido –aunque no siempre– un encargo y han sido enviados para cumplir esa tarea. Eso es bien verdadero en el ámbito cristiano: «Id, pues, y haced discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19).

1. Los cristianos hemos recibido la Buena Noticia (*Evangelio*) de que Dios ama al hombre en Jesús, el Hijo encarnado, y tenemos la misión de anunciarlo al mundo. En toda situación y actividad los cristianos somos *enviados* para comunicar el Evangelio a la humanidad, comenzando por los parientes, amigos, conocidos, vecinos y compañeros de trabajo, y llegando hasta los confines de la tierra. La fe es un don que ha de compartirse. Si el cristiano lo guarda para sí mismo, como advierte el papa Francisco, se convierte en un cristiano enfermo.

La vida cristiana es misión. Si toda vida humana es un proyecto y una tarea, lo es aún más en la perspectiva cristiana, como dice el *Documento de Aparecida*: «La vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es, en definitiva, la misión» (n. 360). La misión cristiana no es un simple plan para cumplir en actividades programadas, como sucede en las empresas humanas. La misión cristiana se identifica con la vida cristiana: es un «hacer» que *se realiza a medida que se vive*, es decir, consiste en un modo de «ser».

Cada discípulo del Señor está enviado a llevar a cabo la misión personalmente y como comunidad «convocada»: Iglesia. Se es cristiano como miembro de un *cuerpo*, de un *pueblo*, de una *familia*. La misión es el *testimonio del don* recibido, que compromete a cada uno personalmente, y a todos juntos como Iglesia. Por eso hablamos de la Misión de la Iglesia.

Hoy estamos convocados a una renovación del *testimonio evangelizador*. Pero, ¿qué formas adquiere ese testimonio? ¿Cómo acertar en la tarea de «iluminar,

bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar» (*Evangelii gaudium*, 273)? ¿Qué es lo esencial y más necesario? (cf. *ibid*, 35) ¿Cómo llevarlo a cabo con fidelidad y creatividad? ¿Cómo compartir el *don* con los individuos y las familias, con jóvenes y ancianos, con todas las personas, especialmente con los más pobres y necesitados? ¿Cómo configurar el diálogo de la fe con la cultura y las ciencias, en el contexto de los rápidos avances de las tecnologías de la comunicación? ¿Cómo articular la misión y sus tareas? Este libro pretende ayudar a *pensar* estas cuestiones desde la fe, la esperanza y el amor, a medida que la misión se vive y se realiza.

2. El Concilio Vaticano II ayuda a perfilar nuestra Teología de la Misión. Según la Constitución dogmática *Lumen Gentium* del Concilio, la *entera* Iglesia es enviada por Dios para la salvación del mundo. Todos los discípulos de Cristo, según la propia condición de vida, dones y carismas, son responsables de la *única Misión*. Si algunos son llamados «misioneros» y enviados en «misiones», sucede como signo y memoria elocuente de la vocación común a todos (cf. LG 17).

«La Iglesia peregrina –señala otro documento conciliar– es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre» (AG 2). La Iglesia es misionera tanto por el mandato expreso que Cristo dio a los apóstoles, como «en virtud de la vida que Cristo infundió en sus miembros» (cf. AG 5).

La Constitución pastoral *Gaudium et spes* describe la Iglesia enviada al mundo para comunicar la salvación (cf. GS 1). La Iglesia se siente urgida ante «el presente orden de cosas del que surge una nueva condición de la humanidad». Así pues, la asamblea conciliar pedía tener en cuenta la situación de las personas y las nuevas condiciones del mundo, con sus luces y sombras, anhelos y esperanzas. El Concilio quiso enfocar la misión en nuestro tiempo con un *estilo* renovado que se resumía en una palabra: pastoral. Lo explicaba así el entonces joven teólogo Joseph Ratzinger:

«“Pastoral” no debía significar: difuso, insustancial, meramente edificante, como aquí y allá se malinterpretó. Sino que debía significar: formulado con una preocupación positiva por el hombre moderno, al que no se le ayuda con condenas y que durante bastante tiempo ha escuchado todas las cosas erróneas que no debe hacer, pero que por fin quiere escuchar (demasiado poco lo ha escuchado) lo que es verdad, con qué mensaje positivo la fe quiere afrontar nuestro tiempo, qué tiene ella de positivo para enseñar y para decir. “Pastoral” no debía significar: vago e impreciso, sino que debía significar: exento de disputas de escuela, sin intromisión en cuestiones que solo atañen a los eruditos, (...). “Pastoral” debía

significar, por último: no en lenguaje académico (que allí, o sea, en el ámbito académico, tiene su sentido y es necesario, pero no corresponde en el anuncio y en la profesión de fe), sino en el lenguaje de la Escritura, de los Padres, de los hombres de hoy; simplemente, en el lenguaje vivo del hombre, del hombre que es siempre uno» (J. Ratzinger, texto de 1963, recogido en sus *Obras completas VII/1: Sobre la enseñanza del Concilio Vaticano II. Formulación, transmisión, interpretación*, BAC, Madrid 2014, pp. 260-261).

Ese estilo renovado –al margen de las palabras que lo designen– permanece como una llamada vigente también para nuestros días.

* * *

La «Teología de la Misión» quiere abordar la reflexión sobre la acción eclesial y sus formas. Es el estudio teológico de la misión *en acto*, en ejercicio. Para ello, este manual consta de 13 temas, que pueden distribuirse en cuatro partes.

1.^a. La primera parte (temas 1-3) tiene carácter introductorio. Comienza presentando la *identidad y método* de la Teología de la Misión. A continuación, muestra los fundamentos de la *acción eclesial*. En ese marco se abordan los *desafíos actuales de la nueva evangelización*.

Las tres partes siguientes tratan de las tres actividades principales de la Misión.

2.^a. La segunda parte (temas 4-6) expone la actividad *ad extra* de la Iglesia, es decir, la Misión como anuncio de la fe *ad gentes*, a los no cristianos. Se estudian las conexiones entre *misión, anuncio y testimonio de la fe*; después, *la conversión y la iniciación cristiana*, y la consiguiente *formación de la Iglesia local*.

3.^a. La tercera parte (temas 7-10) considera la actividad *ad intra* de la comunidad cristiana, es decir, aquella que tiene por destinatarios a quienes ya pertenecen al Pueblo de Dios. Es la *acción auto-evangelizadora de la Iglesia*, que se lleva a cabo mediante tres funciones que están compenetradas: el anuncio de la *Palabra* de Dios (función profética); *la celebración litúrgica* que posibilita la *vida en Cristo* como existencia cultural (función sacerdotal); y el servicio o *diakonía de la caridad* (función regia o de realeza).

4.^a. La cuarta parte (temas 11-13) se dedica a un aspecto peculiar de la actividad *ad intra* de la Iglesia, a saber: la *restauración de la unidad cristiana*. Aquí se suponen conocidos por el lector los principios católicos sobre el ecumenismo (se estudian por la *Eclesiología*), para centrarnos en la actividad *práctica* del ecumenismo: oración común, vida sacramental, colaboración ecuménica, e incorporación plena a la Iglesia católica.